

HAKUNA

iVIVA
LA VIDA!

JOSÉ PEDRO MANGLANO

m̄

HAKUNA
¡VIVA LA VIDA!

José Pedro Manglano

m̄r

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© José Pedro Manglano, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com

Redacción de los textos: José María Sánchez Galera

Diseño de la cubierta: © Sophie Güet

Diseño de los encartes: María Pitironte

Fotografías del interior: facilitadas por Hakuna

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-270-5121-8

Depósito Legal: B. 4859-2023

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

No hay Hakuna	9
Oigo guitarras	13
1. Baila y déjate de historias	21
2. Hagan lío	47
3. Compartiridos	71
4. Noche	99
5. Peregrinando sin parar	111
6. Forofos	139
7. Silencio	153
8. El poder de la Hostia	167
9. Mierda y copas somos	189
10. Samba de Río de Janeiro	195
11. Amor y algunos niños	203
12. Fiesta loca	211
13. Dios vivito y coleando	219

1

Baila y déjate de historias

U nos lo llaman Palacio de Vistalegre, otros dicen Vistalegre Arena, o plaza de toros de Vistalegre. Es un lugar que ha servido para acontecimientos multitudinarios de todo tipo. Deportivos, políticos, culturales, musicales. Lo de hoy es un concierto. Pero hay algo ligeramente distinto. Es música más o menos pop, por lo general de tonos suaves, pero con varias canciones más rítmicas, con diversa intensidad del coro, con cantantes que varían de una canción a otra. No es fácil catalogarlo dentro de una etiqueta, dentro de un estilo, dentro de un cajón comercial. Del metro va saliendo cada vez más gente. Y también coches y furgonetas que no paran de dar vueltas por este

barrio para encontrar un hueco. Un barrio con calles que serpentean, con muy poco sitio donde aparcar.

En unos casos, vemos a grupos de jóvenes con un aspecto limpio, pulcro. Y no solo en la indumentaria o el cabello. Hay una especie de fineza en la forma de hablar y de moverse. Otros, como adolescentes que son, sueltan sus risotadas, se intentan dejar algo de barba, y por eso llevan más de una semana sin afeitarse una especie de pelusa delicada. Aquel guapete, de pelo rizado —casi tirabuzones, con un dorado que se encrespa— anda garboso con la camisa abierta —de manga larga, recién planchada, por fuera de los pantalones—, y se le ve un pecho lampiño decorado con un collar de tira de cuero y una medalla pequeña de plata o acero. A su lado, una chica con vaqueros un poco desgastados, con flecos colgantes que le acarician el tobillo, y con unas bambas negras. Otra, con un traje de lino, largo como su cabellera lacia. Otros prefieren camiseta y bermudas, fuman y no se molestan en peinarse. Con barba de verdad, pero desordenada como un dormitorio matutino. Allí dos chicas con aros enormes en las orejas —el loro de un pirata podría vivir ahí— y con tatuajes. Ahora unos cuantos que aprovechan el fin de semana para librarse de la chaqueta y corbata de su oficina, polo que ha perdido el color y zapa-tillas viejas.

Chanclas, sandalias, bambas, y ese chico que calza castellano veraniego de ante con borlitas. Algunos *piercings* en la nariz. *Brackets* metálicos en dientes de universitarias que no se maquillan, y en niñas que sonrían. Porque también deambulan muchos menores hoy en Vistalegre, rondando por los accesos. Algunos son quinceañeros que quizá acuden a su primer concierto. Hay una agitación evidente en sus cuerpos, una palpitación mezcla de desasosiego y de dicha

Baila y déjate de historias

teenager por traspasar uno de esos umbrales iniciáticos de la vida. Ir a un concierto. Solo con amigos. Con la pandilla. Nuestro primer concierto. Y, además, en este caso, de un grupo musical con el que se sienten peculiarmente identificados. Pero también se ven por aquí menores que aún no han alcanzado la pubertad y a quienes no les ha dado tiempo todavía para inquietarse con esas enormes preocupaciones del acné, la vestimenta, el sexo opuesto y ese nuevo infierno que ha inventado el siglo XXI: las redes sociales. Por aquí hay niñas y niños de doce años, de nueve, de ocho, de cinco, que vienen con sus padres. Bastantes salen de esas furgonetas —la pegatina trasera con los monigotes de papá, mamá, hermanitos y un perrito al final— que acaban aparcadas sobre los bordillos, en espera de que esta noche la policía municipal no inspeccione con escrúpulo.

Varios medios de comunicación están sorprendidos por comentarios que escuchaban entre los asistentes —gente de todo tipo, adultos, jóvenes pijos o de *sport*, monjas, familias... pero también ateos—: «No vamos a cantar solo nosotros, sino que somos ocho mil almas cantando a Dios».

A sus conciertos acuden un montón de cantantes jóvenes que entonan el «Ven, espíritu, ven», acompañados del cardenal Carlos Osoro (arzobispo de Madrid), Jesús Vidal (obispo auxiliar) y de José Pedro Manglano. Incluso detrás del escenario se monta un altar improvisado por donde desfilan los integrantes del grupo.

Las luces se apagan. Se apagan por completo. Aquí hay miles de personas y, de repente, no se ve nada. Están todos a oscuras. Y no es un fallo eléctrico. Se empieza a oír una oración que sumerge a todos, como si todos la estuvieran recitando por dentro y de rodillas. De nuevo la luz. Luces de colores intensos y bafles que casi estallan. Paroxismo.

En este concierto parece que hay algo nuevo, como si fuese el primero. Pero no. Ni el primero, ni el segundo. Ya hay veteranía, aunque los rostros de la mayoría de quienes pisan el escenario no den esa impresión. Hakuna Group Music y José Pedro, un año atrás, cantaban aquí mismo *Sencillamente*, también ante miles de espectadores incondicionales... aunque entonces llevaban mascarillas. Don Josepe lo tenía claro: «Baila y déjate de historias».

El día anterior celebraron el último ensayo. Apareció Don Josepe y subió una foto a una red social —«creer que un Cielo en un infierno cabe». Se le veía desde atrás, abajo, en la parte del escenario, vacío. Los focos, las pantallas, los telones, el estrado, los bafles, todo colocado. Arriba, algunos tocaban la guitarra acústica. José Pedro se inclinaba ligeramente hacia una de las dos chicas que lo acompañaban, como si le dijera algo. Él vestía camisa de *clergyman* —como de costumbre— y unos vaqueros finitos negros, como de tela de gabardina. El bajo del pantalón le dejaba al descubierto el tobillo —parece que se le ha pegado algo de la moda juvenil—, igual que la que estaba a su derecha, que calzaba zapato plano. La de la izquierda, por el contrario, arrastraba por el suelo el bajo ancho de su pantalón blanco. Era como si todo estuviera ya dispuesto.

Sin embargo, tras el ensayo, muchos no estaban en reposo. Tomando cervezas, no se preocupaban por cuánto público estaría con ellos en el concierto —las entradas se habían agotado hacía una semana o más, y en los grupos de *whatsapp* había comenzado la reventa—. Tampoco era inquietud. No había duda de que sonaría todo bien, de que todos disfrutarían. No se trataba de resquemor ante los inevitables incidentes técnicos. Con un público tan cercano y tan familiar, cualquier inconveniente ni se notaría. No. Tras el ensayo, en bastantes de los integrantes de Hakuna Group Music había

Baila y déjate de historias

un burbujeo interior, como el de las antiguas bodegas con tinajas de arcilla. Tinajas —en Hakuna asumen sin rubor ni pena que estamos hechos de barro— en que el mosto va fermentando, emanando calor y dióxido de carbono que bulle hacia arriba, como un guiso de uva morada. El aire que se respira emborracha. Era eso lo que notaban algunos. Vida. Una vida que metamorfosea. Algo va a pasar. Algo está pasando.

El primer concierto fue en la sala Joy Eslava para presentar el primer disco: *Libertad*. Aquel concierto marcó el estilo de todos los que han venido después. Recuerdo el momento previo a la salida al escenario. Los treinta chavales que iban a actuar, en el camerino, cantando al Espíritu Santo: «¡Ven!». Sonaba como si cantasen ángeles. Pero no era un canto: era el grito de un profundo y sentido deseo lanzado al cielo porque tenían la conciencia clara de que lo que iba a empezar no era espectáculo sin más: deseaban que aquello supusiese una transformación en la vida de los asistentes que abarrotaban el recinto, deseaban que Dios disfrutase de aquel rato. En el escenario era patente: no había nervios, sino la tensión del que hace algo que es verdad. No era precisa gran sensibilidad para adivinar que cada cantante estaba al servicio del público y de Dios. Un duende les movía, y no podía dejar de contagiarse en cada gesto, nota y palabra que salía de ellos.

«No se puede entender a Dios sin la música», dice uno que está sacando su entrada para acceder a este enorme edificio en el que esta noche habrá unas ocho o diez mil personas cantando y bailando juntas, como una marea que oscila en un vaivén acompasado. Santi, uno de los cantantes, comenta que silencio, música

y oración van unidos entre sí y unen a estos creyentes. Porque este concierto tiene mucho de oración compartida. No es un concierto *gospel*, ni es el *Requiem* de Mozart, ni entonan *Hosanna*, *Halleluiah*. Es música que ha ido surgiendo de la vivencia de quienes, de una manera o de otra, forman Hakuna. Ellos lo explican de un modo simple: «En Hakuna uno vive lo que canta y canta lo que vive». Por eso también es una fiesta. Es oración, es concierto, es celebración, es una noche en la que todos se juntan. Todos: los niños y algunos abuelos que se quedan sentados en la tribuna, los universitarios y los jóvenes profesionales, los que están a punto de casarse y los que aún siguen instalados en esa nube de la boda reciente y apenas pisan el suelo.

Aunque no lo dicen así, es como si la alegría de compartir algo los enlazase más. La alegría y el alivio de que no están solos en su fe en Cristo. Y de que esa fe no es un compartimiento estanco en sus vidas. Por eso la música es como un hilo que trenza cada capítulo, cada momento, cada estancia que atraviesan a lo largo del día. Una música que habla de Dios, de perdón, de confianza. Curioso, porque ahora se ve a los jóvenes mirar el móvil menos que de costumbre; se están mirando unos a otros, y se molestan poco en hacerse fotos, aunque no faltan. De repente, la vida en las redes sociales les parece marginal, y la vida de aquí, de ahora, en carne y hueso, les roba toda su atención e interés.

Unos médicos aseguran que estamos asistiendo al surgimiento de una «generación borrosa». Así denominan a la epidemia de miopía que cada vez se extiende más, porque ya no vemos de lejos, solo de cerca. Se atrofia la vista de no usarla, nos volvemos cortos de vista, solo vemos lo que tenemos al lado, el ombligo, la pantalla del móvil. Ya no observamos las estrellas —nuestra vista está hecha

Baila y déjate de historias

para observar las estrellas, para guiarnos por ellas, no por el móvil—. Y esta noche —aunque las farolas de la ciudad impiden vislumbrar las estrellas— muchos jóvenes, adultos y niños festejan contemplar paisajes amplios, el mundo exterior más allá de las pantallas: esa persona que hay al lado —¿qué decía Bécquer sobre «mi pupila azul en tu pupila»?—, y la que está más al fondo, y los cantantes que entonan melodías dirigidas a Cristo: «De lejos penetras mis pensamientos, / distingues mi camino y mi descanso; / todas mis sendas te son familiares, / conoces mis palabras».

Desde el graderío, el concierto se puede disfrutar con el reposo de quienes hace muchos años preferían estar debajo, junto al escenario, de pie y brincando. Pero también en la grada se canta y se baila con una fruición impactante. Aquí casi todos —aunque aún más los jóvenes— se saben de memoria cada una de las canciones. Es el gran día del nuevo disco, QAOS. Y un festín, una barbacoa playera con todas las baladas de los anteriores álbumes. Cada vez que un acorde introduce una nueva canción, ruge el público con una complicidad que es como ese modo de ser hermano que encuentran los amigos en el instituto. Más hermanos que los hermanos de sangre. La canción es el himno de esa hermandad, que es más que el pretendido sinónimo de fraternidad. En ocasiones, se unen dos coros —uno de chicos, otro de chicas, y son multitudinarios: ¿hay quince, veinte en cada uno?—, en otros momentos apenas cantan dos chicas con las luces casi apagadas; luego estallido de bombillas y se entonan melodías a plena garganta, con un bajista que da vueltas extasiado por el escenario, con tres, cuatro guitarras eléctricas. Uno de los guitarristas es Íñigo, el productor musical, y todos aplauden reventándose las palmas. A su derecha, otro guitarrista —compañero de escenario y del día a día en el estudio— es un tipo con

una barba de legionario en la nieve de los Balcanes y con aspecto que haber aparcado su gigantesco tráiler de mercancías en un restaurante de carretera desértica entre Nuevo México y Arizona.

Una de las canciones que más entusiasmo provoca desde las notas iniciales —el público responde como un volcán que erupciona de repente—, desde que comienza la púa a batir las cuerdas de la guitarra, es *Huracán*:

Me he hecho tantas preguntas
intentando entender.
Me he lanzado a buscarte
sin saberte ver.
Me he asomado al abismo,
me he atrevido a saltar y caer.
Y un huracán
romperá el cielo desde mi garganta
gritándote: «¿dónde estás cuando me haces falta?».

...

Estoy aquí, en el silencio;
estoy aquí, en este viento;
estoy aquí, soy este trozo de pan.

En este concierto aparecen unas chicas guapísimas con trajes de faralaes, y luego un joven medio descamisado, en alpargatas, entusiasta, encendido, chispeante, arrebatado. Y otras chicas descalzas —*Descalzos* se llama otra canción, cuyo estribillo tararean así: «Vivir mi vida con los pies descalzos, / matar la indiferencia, / gritar al cielo: “Libertad, libertad, libertad”»—. Se van turnando al micrófono, y parece que ninguna canción se canta con un único vocalista.

Baila y déjate de historias

Los niños también brincan abajo, y el bar, aunque no para de servir bebidas, no es la máquina industrial de despachar alcohol de otras ocasiones. Sí, circulan los cubatas, las cervezas, pero no se ve a nadie con más líquido del que una abuela permitiría a su nieto para ir a misa. Pocos fuman, pero es no más que tabaco de liar, sin otro añadido. Aquí la única droga es la memoria de sus cerebros, que se conoce al dedillo la letra de cada una de las canciones. Parece ser que varias de estas canciones están entre las diez más sonadas en Spotify (*Huracán, Descalzos, Me sobrepasa...*).

Las emociones tocan todas las teclas del alma. Desde el frenesí rockero hasta tañidos vehementes, ritmos sinuosos, tiernos, de una trepidación que los recorre por dentro como un estallido de reacción química en laboratorio de científico loco y temerario, con ese burbujeo cálido de la tinaja de mosto. Ro —una integrante de Hakuna Group Music— reconoce que algunas canciones remueven de manera especial; en su caso, *Nombre sobre todo nombre*, que la ayudó mucho en su «camino». Y ahora suena una canción que ruega a Dios por los que pecan y los que sufren. Por todos. Una oración en la *Noche* que cantan dos chicas con vocecitas de vidrio traslúcido, delicado:

Por tu Iglesia,
que te espera a oscuras;
por tu pueblo,
que te reza aguardando la aurora,
te rogamos,
te rogamos.
Por las naciones paganas,
que tienen sed de ti

sin saberlo,
ten piedad,
ten piedad.

...

Por todos los que sufren la tentación
del suicidio.

...

Por aquellos cuyas noches
son interminables,
y a los que en la angustia
les ha quitado la paz,
Kyrie eleison,
Kyrie eleison.

Hakuna es música. Es vida de efervescencia musical y religiosa. Música popular, personal, no aprendida, sino surgida de sus vagidos espirituales, como el niño que gatea para andar y emociona a sus padres. Se oyen guitarras, retumban las baquetas y platillos de la batería, hay simpatía y dulzura cándida en muchas de sus voces. Cantan a Jesús un cántico con un punto de rock-pop y versos como: «Buenazo, entregado y humillado me seduces». No son adaptaciones de lo que otros compusieron y que se arregla para cantarse en la parroquia. En este concierto no está ni el *Pange Lingua* de Mocedades, ni esa salmodia que se entona durante la comunión y que recuerda vagamente a Simon & Garfunkel. Aquí hay canciones propias, y una experiencia que nació en la capital mundial de la samba, en Río de Janeiro, y durante una Jornada Mundial de la Juventud. Las cámaras enfocan al público de Vistalegre y proyectan sus rostros en las gigantescas pantallas: ahí se ve a Manglano y a Osoro.

Baila y déjate de historias

Aquí, en este concierto, en Vistalegre, en las actividades de Hakuna —es normal que a muchos aún les rechine el estilo, o no lo entiendan—, se huele algo parecido a lo que escribe Pablo Velasco (*ABC*, 23 de noviembre de 2022):

En la transmisión de la fe ya no basta la mera tradición. Una experiencia cristiana ya no se puede sustentar solo sobre la tradición, necesita una mentalidad nueva, recuperar las razones de la fe, y eso sucede solo si hay un encuentro personal con Cristo, como nos han recordado Benedicto XVI en *Deus Caritas est* y Francisco en *Evangelii Gaudium*. Lo que sustentaba la fe en un mundo culturalmente católico ya no es suficiente. La vida de fe no es la vida de alguien a la que se le ha añadido «algo» más que sumar a nuestra vida ya complicada.

Jorge Freire, sin pretenderlo, también da la razón a Hakuna en una columna que publicó el día de Navidad de 2022 en *The Objective*:

Si de resonar se trata, no puede resonar lo que no vibra. Y tanto las buenas como las malas vibras, como dicen los mejicanos, requieren que el ente que vibra esté desasido. Los instrumentos idiófonos —panderos, tambores, botellas de anís— están hechos para que cualquiera pueda hacerlos sonar, moviendo y conmoviendo a los demás. Me sorprende que algunos usen «país de pandereta» como insulto. ¿País de pandereta? Y yo que me alegro. ¡Resuenen con alegría los cánticos de mi tierra!

Cantan porque viven. Cantar les ayuda a entender lo que viven. Y procuran vivir, vibrar, con lo que cantan, con ese resonar que llena la atmósfera de Vistalegre. Dice José Pedro: «En Hakuna la fe se aprende cantando y se expresa cantando».

Ante la constatación de una época en la que buena parte del mundo —y del mundo mayoritariamente cristiano hace no muchos años— prejuzga el mensaje del Evangelio como triste, desfasado, inútil, de formas caducas y propio de generaciones pasadas, más aún, contrario al progreso y a la sociedad, opuesto a lo material, a la técnica, a la ciencia, y llamado a desaparecer poco a poco, Hakuna nace, dentro de la Iglesia y de su misión, como una familia suscitada y movida por el Espíritu.

Aunque pudiera parecer secundario, no debe dejar de señalarse la importancia basilar que tiene la música en el carisma de Hakuna. Las canciones son el pilar de la evangelización, no son un adorno, ni tampoco son algo que se añade al cuerpo fundamental de su actividad, sino que las canciones están internamente vertebrando la actividad; acordémonos de la primera escena de la película *La misión* con el oboe, o de la actividad esencial del diácono san Efrén: componer himnos para el pueblo, que el pueblo podía cantar y de ese modo se iba formando y pertrechando en la fe.

José Pedro quizá se ha olvidado, pero una de las primeras representaciones de Cristo, en aquellas catacumbas romanas, es la de un pastor que deleita con su canto a las ovejas. En los frescos del Panteón de los Reyes de San Isidoro (León), se ve cómo el ángel, al nacer Jesús en Belén, comunica la buena noticia a un pastor que está tocando su caramillo.

En otra canción de Hakuna se dice: «Cómo me gusta creerte sintiendo dudas». Aunque representa un rasgo de la actitud, de la espiritualidad de Hakuna, José Pedro está empezando a verlo de otro modo. Replica: «Cada vez tengo menos fe».

Baila y déjate de historias

Qué duda cabe que las dudas acompañan a cualquier persona que usa la razón. Las dudas surgen cuando la razón levanta la bandera avisando de que ella no se puede responsabilizar de aquello que se propone. Es buena la duda, pues es bueno que la razón esté activa, ayudándonos a no ser unos crédulos. Pero es la misma razón la que se responde a sí misma diciendo: no soy capaz de razonar, no lo admito porque resulte algo razonado, pero sí me parece razonable pues me fío de Jesucristo.

Por otro lado, de la misma manera que en el camino acompañan dudas, también acompañan experiencias que avalan la verdad de lo afirmado por Cristo. Por eso digo, de manera provocativa, que cada vez tengo menos fe, pues cada vez se me hace más patente, en la vida de tantos y en la mía, la fuerza de Dios, la energía que mana de la Hostia, la transformación de los corazones que son capaces de amar por encima de sus posibilidades, la victoria del amor sobre la muerte, la resurrección de tantas muertes, tantos ciegos que nunca han visto el color...

Ahora detienen la música y comienzan a hablar desde el escenario, relatando algo que a todos les suena, y a muchos les empiezan a brillar los ojos de una humedad tierna. «Baila y déjate de historias», dicen todos voz en alto, en Altísimo, arriba, muy arriba, por encima del techo de Vistalegre.

«Baila y déjate de historias» son unas palabras que repetía Marta, y con sus labios les añadió una impronta que agarrota la garganta cuando se escucha. Un año atrás, Hakuna grabó un reportaje, y preguntaban a varios acerca de esta frase. Pero el vídeo se perdió, y solo ha sobrevivido lo que dijo Marta. Esta noche Marta no está en Vistalegre. O sí. Está a su manera. De otro modo. En todos. En esta canción —«Baila y déjate de historias»—.

Marta era una pringada de Hakuna. Los pringados son, técnicamente, los miembros de Hakuna en tanto que entidad religiosa con inscripción canónica. Son personas que entienden que su camino para seguir a Dios es Hakuna.

En este punto, a Don Josepe parece que no le importa mucho si hay mil pringados, diez mil o nada más que un puñado. Tampoco le preocupa cuántas personas semana tras semana acuden a Horas Santas a lo largo y ancho del globo terráqueo.

Nos ayuda no contar: lo tenemos prohibido, como Yahvé se lo prohibió al pueblo judío. Sí, porque los números fácilmente pervierten, ensucian las intenciones, inconscientemente los interpretamos como confirmación de nuestro buen hacer o de que «no sirvo para nada», los leemos como éxitos o fracasos personales.

No nos importan los números, no queremos contar. Lo que queremos es que no se pierda ninguno. Hay millones de universitarios, millones de jóvenes. Que ninguno se pierda. Id siempre a los rebotados de Dios, alejados de Dios.

No queremos llenar las Horas Santas: queremos que vuelva la Vida en cualquiera de nuestros hermanos que estaban muertos: «Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado"».

Nos resuena en los oídos: «Os lo aseguro: del mismo modo habrá más alegría hoy en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia».

A Marta le diagnosticaron un cáncer de huesos cuando tenía unos veinte años o menos, y estudiaba en la Universidad de Nava-

Baila y déjate de historias

rra. Le trataron el tumor con la terapia que pensaron más adecuada, y la enfermedad remitió. Pero el cáncer no admitió la derrota y se reivindicó la vida de Marta. Los médicos pelearon con los recursos de que dispone la ciencia, pero el campo de batalla que era el cuerpo de Marta no dejaba de padecer. Ella se lo tomaba a su manera: «Baila y déjate de historias», comentan que repetía a quienes andaban preocupados. Era una de sus frases, aunque Julia le escuchó más veces esta otra: «No es para tanto» —así es como Marta se refería a los estragos del tumor maligno y, en general, a cualquier adversidad—. No pretendió añadir a su familia más preocupaciones, y evitó convertir el drama en tragedia. La enfermedad es parte de la vida, la muerte es parte de la vida. Así lo veía Marta.

En mayo de 2013, cuando Marta tenía unos quince años, pudo saludar al papa Francisco en Roma, quien le dijo con su marcado acento porteño: «Rezá por mí, y yo rezaré por vos». Marta se quedó con la frase y asumió que era un mutuo compromiso, y resolvió mandarle una carta al Papa como recordatorio. Al cabo de un tiempo, lo consiguió: podría ver de nuevo a Francisco en una audiencia —de esas frecuentes ocasiones en que el pontífice departe con un buen grupo de personas, y va dedicando a cada cual un momento—.

Nacho recuerda a Marta con una mezcla de emoción y pudor, consciente de que es solo uno de cuantos la conocieron. En su caso, la trató durante unos seis meses, los últimos de Marta. Se considera un afortunado.

Conocí a Marta un domingo. Era 2 de mayo y ella celebraba su cumpleaños, aunque en realidad quedaban dos días. Nos invitaba a una merienda en su diminuto piso de Madrid. Poco sabía de ella. Me encontré en un

salón con casi todo mi curso del seminario y alguno más. Jacobo me había hablado de su historia, de su vida, de su enfermedad. Apenas estuvimos unos minutos. Recuerdo que nos hicimos una foto todos juntos; una sonrisa definitiva en su cara, un pañuelo azul y mucha alegría. Mucho agradecimiento.

Llegó el martes, el día que de verdad cumplía años, y no la felicité. Se me pasó. Le escribí a los pocos días. Me contestó con un mensaje: se veía la foto que nos habíamos hecho en su salón impresa en formato pequeño.

A partir de ahí empezamos a hablar más y a vernos. Sobre todo, los domingos que íbamos a El Estudio. Jamás se oía salir de su boca una queja. Mientras, a mí me habían programado una operación para el 23 de junio: me iban a operar de los ojos. Durante aquellas semanas íbamos juntos a hacer recados, porque ella siempre se mostraba disponible para acompañar, ayudar y estar junto a quien lo necesitase. Recuerdo que un día, en el coche, me preguntaba: «Esta chica ha sufrido mucho». Y comenzamos a charlar del tema. Con toda naturalidad, sin ningún miedo.

Me dijo que el cáncer había empezado con un dolor en el brazo. Un bulto. «No era nada». Hasta que lo fue: era un tumor. Bastante agresivo. Hablaba de su enfermedad sin darle importancia. Decía que, antes de cada operación, ponía al equipo médico a rezar: «¿Queréis rezar conmigo un Avemaría?». Aquellas eran intervenciones en quirófano a vida o muerte; una vez tuvieron que punzarle el corazón sin anestesia. Ella no le veía mayor problema: «porque claro, ¿cómo te van a anestesiar el corazón?».

Marta reconocía la proximidad del último día: «La verdad es que no tengo ningún miedo a la muerte. ¡Qué importa morir si estamos aquí para otra cosa! Aunque todavía no me voy a morir, se lo he dicho a Jesús. Todos tenemos una misión y la mía es llevar esta cruz. Es más, me enfada que la gente rece para que me cure. ¡Pero si es mi

Baila y déjate de historias

cruz! ¿Por qué quieren quitármela? Tengo un trato con Jesús, ¿sabes? Lo bueno de haber pasado siete metástasis es que hay siete personas que no la han pasado. Ese es mi trato con Dios. Me la da a mí y se la quita a otro». El día 23 de junio operaban de los ojos a Nacho. Marta le pidió hacerse una foto juntos. Un minuto antes de la intervención, Marta le manda un mensaje al móvil: «Acuérdate del Avemaría», para que rece con los médicos y enfermeras; «iel resto estamos a lo mismo!». Nacho apenas recuerda nada más, pero las enfermeras le contaron que estuvo hablando de Jesús durante toda la operación y medio adormilado por la anestesia.

Al día siguiente Marta se presentó en su casa y le trajo unos manolitos. Lo mismo durante los días siguientes, y una noche pizza para cenar con un par de amigos más. Marta llevaba varios meses con un dolor terrible en la espalda que apenas le permitía dormir. Pero se lo callaba; esa velada les costó que ella contara todo lo que le sucedía. Y Marta siguió visitando a Nacho.

A la semana siguiente, Marta acudió a El Estudio y estuvo con Carlos Osoro, el cardenal de Madrid. Nacho le explicó al prelado la situación de Marta, pero ella sintió cierta vergüenza porque no quería dar pena. Osoro sonrió y la bendijo.

El 9 de julio Marta comentó a Nacho que iba a iniciar un tratamiento de quimioterapia. En función de la respuesta del cáncer, quizá los médicos se plantearan una nueva operación. En uno de los mensajes, le añadía una foto: «Sigo teniendo cejas».

A finales de verano, Marta, Nacho y un puñado más estaban preparando El Estudio para celebrar el aniversario sacerdotal de Don Josepe. Soltaban ideas, «frases explosivas», como dicen ellos. De tantas ocurrencias, empezaron a reír hasta llorar. La frase que acabó resultando definitiva fue... «Baila y déjate de historias». La

escribieron en una sábana gigante que cubría el edificio por su patio interior. Fue el *leitmotiv* de la homilía que pronunció ese día:

Estos años han sido un baile sencillo en el que Él ha puesto la música en cada momento. A veces toca animado, a veces toca vals, otras veces fúnebre. Él sabe las melodías que vienen bien. Él pone el compás. Lo único que nos pide es que bailemos. Él se encarga de todo. Solo nos pide que confiemos aceptando su música y su compás. Lo que nos pide a lo largo de la vida es que seamos unos buenos bailarines.

Que aceptemos la letra. Que la letra es lo que vamos encontrándonos cada uno en nuestra vida: enfermedad, agobio, cansancio, aburrimiento... nuestra vida real. Esa es la letra que nos pone. Él nos invita a aceptar la letra y la música.

La del cristiano es una vida muy fácil, muy sencilla —no quiere decir que a veces no sea dura, pero el camino es sencillo—. Solo se trata de aprender a bailar. Bailar y dejarse de historias.

¡Baila y déjate de historias!, así se vive muy bien. Vive bailando. Vive disfrutando, bailando con tu Señor, con el amante.

¡Y déjate de historias!: «Es que antes sentía y ahora no siento, es que entiendo o no entiendo, me gusta o no me gusta, si estoy seguro o es que el futuro me da miedo...».

Déjate de historias. Baila. Baila hoy. Disfruta con lo que tienes: con el plantón que te han dado, con la crítica que has recibido, con la felicitación o la bronca del jefe, con la multa que te han puesto, con el dolor de cabeza con el que te has levantado, o con el mal humor del que tienes al lado... cada uno con su vida. ¡A bailar!

Bailar con la letra que Él permite que hoy se escriba en nuestra vida. Por eso es un baile sencillo. Me parece fantástico. Tenemos que hacer una pulsera con estas palabras: ¡Baila y déjate de historias!

Baila y déjate de historias

Marta se marchó a vivir a El Estudio en septiembre, donde su salud no cesaba de empeorar, y su empeño en servir y en poner color a todo no paraban de aumentar. Al poco tiempo, tuvieron que operarla del corazón. Mandó una foto a Nacho, quien la recuerda «calvita e hinchada», pero con una sonrisa imponente.

En El Estudio coincidió con Julia. Allí vivieron juntas tres meses en un chalecito donde cabían pocas y que necesitaba bastantes reformas. En una ocasión, estando solas, Julia, viendo cómo la enfermedad mermaba tanto a esta nueva amiga, a pesar de hallarse en la edad de la lozanía, le preguntó: «¿Y tú cómo puedes con esto?». Marta le miró a los ojos y le respondió: «Mira, Julia, es algo que tengo muy claro; mi evangelio es el de Pedro sobre las aguas, porque, si me miro a mí misma, me ahogo; si miro a Cristo, puedo con todo».

A última hora de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. 26 Los discípulos, viéndole caminar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma. 27 Jesús les dijo enseguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!». 28 Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua». 29 Él le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; 30 pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame». 31 Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?». 32 En cuanto subieron a la barca amainó el viento. (Mt 14).

Según Julia, aquello era la demostración de que «la mirada en Cristo hace auténticas maravillas», pues Marta no se quejaba, sino que estaba pendiente de ofrecer su dolor. Julia alude a las palabras

de un capellán de hospital: «¡Cuánto sufrimiento desaprovechado hay en los hospitales; si supieran cuánto peso tienen estas oraciones...!». Marta, por su parte, decía: «ofrezco cada dolor para que nadie tenga esto».

Para Marta, llegó el día de ir a ver, por fin, al Papa. Pero casi se pierde la audiencia. Justo tres días después de que la operaran del corazón, cuando los médicos le dieron permiso, viajó a Roma, aunque el vuelo aterrizó con un retraso enorme; tanto, que casi no consigue presentarse a tiempo en el Vaticano. Al final, volvió a hablar unos minutos con Francisco. La acompañaban otros de Hakuna y había centenares de personas —aún con mascarillas— en la sala. Marta —con un pañuelo enorme y oscuro que le cubría la cabeza como un turbante, y le caía por detrás como una cabelleira— le entregó al sucesor de Pedro una imagen de la Madre de Hakuna.

Al poco de regresar de Roma, la tuvieron que ingresar de nuevo. Marta decidió que era mejor decir adiós a Madrid, para estar cerca de sus padres y hermanos. Se seguía mensajeando con Nacho, y le hablaba de lo buena que era la gente del hospital, y de que había comido turrón con pistachos.

Julia asegura que Marta le enseñaba con su ejemplo cómo rezar, cómo relacionarse con Dios por medio del padecimiento. Se dirige a ella en una carta: «Yo vine a El Estudio porque quería aprender a servir a los demás como una manera de vida, y quería que fuese natural; y el Señor va y me regala a ti, me ha hecho una privilegiada, porque es increíble ver de cerca al propio Jesús llevando su cruz a través de ti». Prosigue Julia: «Y digo que veo al propio Jesús, porque en ti puedo reconocerlo perfectamente, y porque no dudo que no eres tú, sino Él actuando en ti».

Baila y déjate de historias

Según Julia, Marta era «alegría donación, entrega y amor, no solo a su familia, sino a todos, porque pensaba de verdad que todos somos hijos de Dios». Así, entubada y «sin poder hablar», muriéndose, no desistía de enviar mensajes de cariño: «me acuerdo mucho de vosotros», escribía Marta.

«Baila y déjate de historias». Ese era el consejo, y a veces reproche, que Marta —la quimioterapia le había quitado el cabello, y se cubría la cabeza con un pañuelo— dispensaba a quien le contaba algún pesar, algún problema, alguna dificultad. A ella no le servían los fármacos de oncología, pero estaba segura de que esta receta cura almas. Y eso cantan en Vistalegre, repitiendo una letra que otra chica de Hakuna compuso rezando y pensando en Marta:

Que ni una ni mil piedras en el camino te hagan tropezar

...

que no hay excusa alguna para no servir a los demás.

Siempre sonriente, sin dejar a la queja entrar.

Que un ángel nos ha enseñado cómo se debe volar;

que, si llevas la cruz a cuestas, no se tiene por qué notar:

que, si esta no es nuestra liga, entonces ¿a qué te quieres aferrar?

Simplemente, baila y déjate de historias,

aunque no tengas el control.

...

Déjate llevar en el salón,

déjate hacer, que trace tu camino;

Él también quiere bailar contigo.

Que, si el sufrimiento es por amor,

el dolor es diferente.

Entrégate hasta el extremo,

empápate de esta fuente

inagotable, infinita
de la que siempre se sacan fuerzas:
es Dios Padre quien te grita,
que te acompaña en lo que elijas.
Cada segundo puede ser el último; es la hora de levantarse.
Vive derramando, derramando todo el vaso;
que no haya gota que se salve.
...
Recuerda que somos eternos.
Recuerda que el tiempo no es nuestro.
Recuerda que el Cielo está abierto;
de ti depende que entren cientos.

Es probable que esta canción contenga toda la teología, espiritualidad y carisma que uno puede leer en las docenas o cientos de libros de José Pedro. Una muchacha, con alegría no impostada, con un cáncer que le quita la juventud y la vida, y que solo sabe guiñarte y decirte que confíes en Dios. ¿Quién sabe? Quizá todo este libro no sea más que un torpe conato de glosar estos versos.

«Está siendo divertido. Cada día va saliendo algo que asusta. Un dolor nuevo o algo con lo que no contábamos. Y obviamente me estoy perdiendo todo lo de fuera. Pero a eso me tengo que acostumbrar, y lo que sí que estoy pudiendo hacer es divertido. De momento, me angustia un poco que el tratamiento de quimio lo han parado hasta que den con un equilibrio que sea compatible con seguir». Es parte de un mensaje que Marta envió a Nacho. El último. En ese mensaje también se acordaba de los problemas cotidianos de Nacho: «Se va esta misma tarde a mi san José».

Baila y déjate de historias

Marta falleció en su Oviedo natal unos tres años después de que le descubrieran el cáncer. Un mes después de estar con el Papa. Unas horas tras teclear ese mensaje a Nacho. En el concierto de Vistalegre itodo está tan reciente! No solo ha sido casi ayer su muerte; iha sido casi ayer mismo su vida! ¿Cómo es que no está aquí ella, bailando y dejándose de historias? Su ejemplo era tal, que a su funeral en Oviedo llegaron jóvenes de Sevilla y de Bilbao, lo que impresionó a las que habían sido compañeras suyas del colegio Peñamayor. Nacho y otros seminaristas se desplazaron para estar apenas media hora en el tanatorio de Oviedo. También en Pamplona y en Madrid se celebró misa de funeral por Marta. Y en la casa de retiros de Hakuna en Cifuentes (Guadalajara), el cardenal Osoro ofició otra misa por Marta.

La vida de Marta se parece a la de un puñado más de católicos que están convencidos de que —como decía aquel— la distancia más corta entre dos personas es la sonrisa. Son vidas que recuerdan aquello que se dice en *Blade Runner*: «la luz que brilla con el doble de intensidad dura la mitad de tiempo», y ellos han brillado mucho. Pero no es del todo cierto: siguen brillando. Brillan como las luces y esos cientos de trozos de papel con aspecto metálico —una especie de papel fino que es el hermano mayor del confeti— aquí en Vistalegre.

En el escenario casi vacío hay ahora un chico que toca la guitarra acústica, y a su lado canta una joven. Nada más. Atienden todos los espectadores la novedad de esta tonada, de estos versos. Solo se escucha la voz de esta chica. Pero el que canta es el Nazareno:

Dime, Padre, qué podemos hacer.

Tus hijos se pierden y no entiendo por qué.

Dime, Padre, cada día se alejan más.

...

Les di el mandamiento del amor, me crucificaría mil veces más.

...

Y es que los hemos hecho tan libres, que a veces me duele pensar que este don, y este regalo lo utilicen para el mal.

Dime, Padre, cómo a nuestra familia reunir,
les ofrecemos la eternidad, pero prefieren huir.

Dime, Padre, cómo ablandar su corazón.

¿Cómo quitar esta coraza formada por el dolor?

Si supieran cuánto los amamos.

...

Dime, Padre, ¿cómo les explicamos
que son lo que más amamos?

...

Nos destroza verlos odiarse,
verlos odiarse con tanta fuerza.

...

Los miro con mis ojos, llenos de compasión
y te aseguro que acepto cualquier tipo de perdón.

...

Y me hago pan, pero no me ven.

Me cuelo en sus pensamientos, pero no me ven.

...

Dime, Padre qué puedo hacer;
tus hijos se pierden y se alejan,
y me da miedo que no sepan volver.

...

Esperaré hasta el último segundo para volverlo a intentar;
no me rendiré, quiero a tus hijos de verdad.

Baila y déjate de historias

No ven que el bien ya ha vencido a la serpiente que les hace temblar.
Ya la ha pisado mi Madre, solo tienen que mirarme y vivirán.

Termina el concierto y, a la salida, Vistalegre se va vaciando, las furgonetas y los vagones de metro se llenan, y en los bares del barrio sirven cervezas y torreznos a quienes saben que la música no ha dejado de sonar.